001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 7

A veces se advierte cierta permisividad en la aplicación del toque de queda: algunas personas salen al umbral de la puerta, cambian unas frases con los vecinos antes de deslizarse hasta la tienda de la esquina, cuyos postigos de hierro se entreabren para recibirlos. Las calles más abrigadas de la ciudad vieja, en torno al mercado, presentan una animación casi normal. Incluso en las grandes vías se aventuran taxis amarillos y otros vehículos, y los hay que enarbolan banderas no autorizadas, algunas de las cuales —por ejemplo, de la Santa Sede— son pura fantasía. En caso de encuentro con una patrulla israelí, tales infracciones a las reglas del toque de queda, incluso un día normal y corriente, pueden implicar la confiscación del permiso de conducir, las llaves del vehículo o el propio vehículo. Cualquier tentativa de sustraerse a un control expone a quien contraviene la norma, como es evidente, a riesgos mucho más graves. Y, además, otros días, cuando en las horas previas han tenido lugar enfrentamientos o detenciones, porque es el día de oración, el aniversario de Hamás o de alguna otra formación politicomilitar palestina, o sin ninguna

001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 8

razón, al menos desde tu punto de vista, quizá tampoco desde el suyo, resulta que el toque de queda se aplica con todo su rigor. Hay ciertas señales por las que se puede reconocer, o al menos presumir, que el toque de queda será más o menos estricto: si los vehículos del ejército o de la policía israelíes, equipados con altavoces y alarmas sonoras muy potentes, empiezan antes del alba a lanzar proclamas para conminar a los ciudadanos a quedarse en sus casas, el día se anuncia mal. Y también será así si más tarde los vehículos militares o policiales incrementan la frecuencia de sus patrullas por las grandes vías de comunicación, en particular la carretera de Hebrón o la calle del Portal. También puede ocurrir que el día se presente bien y no cumpla sus promesas: sucede cuando un levantamiento del toque de queda, anunciado la víspera al anochecer, se anula durante la noche; o cuando ese levantamiento, que en general se extiende de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, es brutalmente acortado sin aviso previo. De todas las pruebas que el régimen del toque de queda inflige a los habitantes de Belén, su restablecimiento inopinado, mediada la jornada, es sin duda la que más desmoraliza, porque semejantes sustos arruinan los esfuerzos por mantener cierto nivel de actividad frente a todo y contra todo.

Ese día, el lunes 9 de diciembre de 2002, desde el inicio de la mañana se presiente que el toque de queda será aplicado con rigurosidad. Corren rumores de que ha habido detenciones en Belén la noche anterior y también de que «el ejército disparó con cañones en Beit Sahur», cosa que no puede ser más que una patraña. Pero las patrañas forman parte del cuadro, máxime cuando mucha gente está dispuesta a creérselas a pies juntillas. A media

001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 9

mañana, la plaza de la Natividad está desierta, barrida por un viento frío, el pavimento ahoyado por las orugas de los vehículos blindados de transporte de tropas. Ni siquiera los chiquillos que suelen vagar por ese lugar durante todo el día, nerviosos y habladores, armados con hondas y botellas vacías, a la espera de que se presente un vehículo israelí para lanzarle al albur algunos proyectiles y huir poniendo pies en polvorosa, dejando que otros se ocupen de pagar los platos rotos, ni siquiera toda esa chiquillería está visible este lunes 9 de diciembre. No se ve ningún otro ser vivo que gatos vagabundos, pero, eso sí, muchos, algunos ocupados en devorar los desperdicios dispersos, otros en reventar las bolsas de basura.

Cuanto menos animadas están las calles, más se siente el peso de la mirada de los mártires cuyos retratos te acompañan durante toda la travesía por la ciudad vieja, pegados en las paredes o en los postigos de hierro de las tiendas. Los hay de todas clases, la mayor parte hombres, pero también algunas mujeres, hay jóvenes y viejos, barbudos y lampiños, civiles y combatientes, estos últimos posando con sus armas. Algunos tienen rostros amenazadores, que inspiran temor; otros, entre ellos algunos de los combatientes, parecen de primera comunión. A fuerza de cruzarnos con sus miradas, como en otras partes del mundo con las de estrellas o modelos publicitarios, inevitablemente sentimos aversión por unos y simpatía por otros. A principios del mes de diciembre, el más notable y el más omnipresente de los mártires es un tipo de unos cuarenta años, sin duda de elevada estatura, a juzgar por su envergadura, con cara de revolucionario mexicano, ancha y aplastada, som-

001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 10

bría, cruzada por un bigote muy largo. Los carteles destacan sobre un fondo de pintadas negras, rojas o verdes, de diversas formaciones politicomilitares palestinas, y se supone que el verde es el color de Hamás o de la Yihad islámica, el negro el de Al Fatah, el rojo el de los grupos considerados más de izquierdas. En Belén y en las ciudades vecinas de Beit Sahur y de Beit Jala, se observan igualmente, en las paredes, muchas hoces y martillos, testimonios de la obstinación en una corriente de pensamiento ya marginal, pero que antaño permitía a los infieles, en especial a los cristianos, afirmar su radicalismo en un marco no confesional en el que su tara de origen apenas los condicionaba.

En la confluencia de la calle Pablo VI —que nadie, que yo sepa, llama así— y de la calle Farahiyeh, en la plaza triangular formada por su intersección, de la panadería de los salesianos emana un olor de pan recién hecho: por riguroso que sea el toque de queda, la panadería despacha imperturbablemente sus panes redondos, que tienen fama de ser los mejores de Belén, y todas las mañanas reparte algunos de manera gratuita entre varias familias cuya condición de necesitadas ha sido debidamente acreditada. En cuanto se ensancha, la calle Pablo VI inicia el descenso hacia ese gran cruce de caminos que constituye la intersección con la carretera de Hebrón; si bien un día cualquiera es uno de los lugares más animados de la ciudad, bajo el toque de queda es uno de los puntos más desagradables de franquear. La anchura y el trazado rectilíneo de la carretera de Hebrón, llena de controles israelíes, la convierten en uno de los ejes que más utilizan los vehículos de patrulla y en el que los peatones son más visibles. Por encima

001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 11

de ese cruce, desde la intersección entre Pablo VI y Gamal Abdel Nasser, descubrimos, más abajo, a la derecha, los edificios del Hospital de la Sagrada Familia, ante el que es frecuente que se estacionen pequeños blindados, luego la amplia calzada de la carretera de Hebrón, partida por un terraplén, y del otro lado, el arranque de esa calle interminable que lleva en línea recta a Beit Jala. Cristiana y ortodoxa, al menos para una gran mayoría de sus habitantes, Beit Jala se escalona sobre las laderas de una colina, frente a otra un poco más elevada, separada por un barranco de la primera, en cuya cima se alinean los inmuebles, nuevos o recientes, que marcan la frontera de la colonia judía de Gilo. Antes de que los israelíes ocupasen de nuevo Belén en marzo de 2002, los combatientes palestinos solían abrir fuego desde Beit Jala sobre Gilo y, en represalia, atraían los disparos de carros de combate o helicópteros. De paso, conviene subrayar que las casas contra las que se dirigían esos tiros de represalia solían estar habitadas por cristianos, que los combatientes, al menos en su mayoría, no lo eran, y que habían olvidado consultar con los vecinos antes de exponer sus viviendas a una destrucción prácticamente inevitable.

El viento ha refrescado, sopla en ráfagas que animan con una vida breve y furiosa los desechos desperdigados por el suelo. Un gran embalaje de cartón aplastado se levanta, recupera su forma de paralelepípedo y atraviesa en tromba la calle Pablo VI antes de aterrizar de nuevo. Aparte de eso, nada, ni un alma y, por lejos que dirijamos la vista a una y otra parte del cruce, ni un solo vehículo en movimiento por la carretera de Hebrón. A la derecha, un arco metálico que la sobrevuela sostiene dos

001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 12

paneles publicitarios que representan un dormitorio y una sala de estar, equipados con un mobiliario que se adivina pesado e incómodo. El conjunto parece haber sido concebido para algún ogro. En esta mañana del 9 de diciembre, hay que hacer un esfuerzo para imaginar que en otras circunstancias ese cruce pudiera ser un emplazamiento publicitario muy solicitado. Una vez franqueada la carretera de Hebrón, la larga calle recta que lleva a Beit Jala baja primero hacia el fondo de un barranco para remontar luego, con el mismo ímpetu, por la ladera contraria, y esa particularidad del relieve hace que los objetos que se desplazan por esa arteria o que la bordean parezcan de lejos como vistos con un teleobjetivo. Muy de vez en cuando, algún vehículo la recorre a bastante velocidad. A una parte y otra, los edificios —un inmueble del UNWRA (el organismo de las Naciones Unidas que se ocupa de los refugiados), un hospital, un hotel vacío y cerrado…— se alternan con los eriales: obras que se han quedado en suspenso, solares y pastizales de ovino salpicados de guijarros, retazos de huerta o de olivar invadidos por los desperdicios domésticos, profundas hoyas excavadas en la roca clara. Sin duda, esas excavaciones, a veces muy considerables, estaban destinadas a acoger los cimientos de inmuebles que nunca saldrán de la tierra. O quizá lo harán más tarde, una vez que vuelva la paz, que es igual que decir Dios sabe cuándo. Este paisaje tan variado ilustra la forma en que se desarrollaron la ciudad de Belén y sus dos vecinas, Beit Jala y Beit Sahur, día a día, sin ningún plan discernible, tendiendo a unirse y absorbiendo de mala manera espacios rurales en su expansión. En su parte ascendente, esta calle —que los planos rotulados en in-

001M-2275.qxp:001M-1588.ok 2/9/11 11:07 Página 13

glés se contentan con llamar «Main Street» — está bordeada a la derecha por una factoría de tallado de piedra, Atlas Marble, hoy reducida al silencio, pero muy ruidosa y rodeada por un polvo fino cuando las circunstancias lo permiten. De los inmuebles que dan a la calle, al acercarnos a la plaza que marca la entrada del pueblo, van cayendo de balcón en balcón hasta alcanzar la acera largos hilillos de agua mezclada con productos de limpieza, sin que haya ninguna ama de casa a la vista. A la entrada de Beit Jala oímos el petardeo del motor de una hormigonera, mientras se alza la voz de un crío que vocea la venta de panes redondos.